

de las invasiones que sufriera por mar. La de "Tancah," no es tan interesante y es comun; estará todo esto más cerca de la Ascension que de otro punto.

"Las tradiciones de los indios desaparecieron con su conquista, porque hubo empeño en los conquistadores de acabar hasta con la menor idea de lo que fueron sus antepasados para no dejarles historia que pudiese sublevarlos. Y son tan escasos de noticias, que ni de la conquista las tienen.

"Literatura, quién sabe si la tuvieron; pero sabían escribir con precision. Una es la poesía del pueblo y otra la del sabio y sacerdote: la de éstos no llegó á nosotros, ó serán muy raros los ejemplos; la de aquél tampoco, á no ser esos cantos obscenos que aun conservan los indios en sus mitotadas y otras semejantes y que por esto se prohibieron.

"Puede ser que el tiempo descubra y aclare algo, y entonces te comunicaré lo que haya.

Saludes á los amigos, quedando tuyo afectísimo S. S. Q. B. T. M.—JUAN PIO PÉREZ."

NOTA.—El original de la carta que precede lo obtuvimos de la familia del finado Sr. Calero Quintana, habiéndonos hecho obsequio de ella y de otros papeles del mismo origen, el apreciable joven D. Joaquín Calero, hijo del mismo Sr. Calero Quintana, cuando era nuestro discípulo de Filosofía en el antiguo Seminario de esta ciudad.—C. C. y A.

APUNTACIONES

SOBRE ANTIGÜEDADES YUCATECAS.

(1869.)

RUINAS DE HOTZUC.

Hacienda rústica Hotzuc.—Vestigios monumentales en ella.—Descúbrense en su territorio las ruinas de una ciudad antigua.—Montículos artificiales.—Un edificio en pie.—Carácter general de las ruinas.—Piedras esculpidas.—Pozos antiguos.—Cenotes.—Nombres propios de éstos.—Hallazgo de una estatua.—Su descripción.—Interés de la ciencia.—Adulteración del nombre Hotzuc.

Al Sur de la ciudad de Mérida, (Yucatan) como á distancia de quince ó diez y seis millas y en la jurisdiccion parroquial de Uman, se halla situada la hacienda ó finca rústica Hotzuc, de la propiedad del Sr. D. Julian Vallado.

Desde la primera vez que la amabilidad del propietario de esa finca nos atrajo á visitarlo en ella, observamos con agradable sorpresa, por ciertos vestigios que á nuestro paso encontrábamos, que aquel lugar debía contener monumentos antiguos.

Sobre el ángulo Noroeste de los muros del corral está colocada una cruz de piedra, en cuya base de argamasa de cal, vimos incrustado, á manera de adorno, un fragmento de piedra esculpida, evidentemente del género conocido y propio de la escultura antigua yucateca. Poco más adelante, se levanta á la vista un montículo artificial, á cuyo pié pasamos al dirigirnos á la casa principal de la hacienda. Al asentar el pié sobre la subida, que á la casa conduce, nos llamó la atención otra piedra por estar tallada, y que al tiempo de construirse las laderas de aquella moderna subida, la habían incrustado de modo que quedase á la vista: es una escultura del carácter comun de las estatuas de nuestras ruinas, y forma una cabeza ó busto de hombre, sobremanera notable.

A vista de estas muestras arqueológicas, nos propusimos regresar á la finca del Sr. Vallado, en tiempo más desocupado, para reconocerla en todas direcciones y descubrir lo demás que á nuestro juicio, debía haber en ella, en el sentido histórico.

Cumplimos nuestro propósito en la primavera del año de 1866; y son el resultado de aquella útil jornada, las apuntaciones que siguen, y que, expuestas sustancialmente en la misma forma que ahora las reproducimos, fueron presentadas en las primeras sesiones de la malograda "Sociedad Yucateca de Arqueología y Artes," que tenía por objeto el establecer un MUSEO YUCATECO, y cuya restauración deseamos ardientemente.*

(*) Más adelante con el apoyo y decreto del Sr. Gobernador D. Manuel Cirerol, establecimos el actual "Museo Yucateco."

Hotzuc, que es hoy, como dejamos dicho, una finca rústica, fué evidentemente el asiento de una ciudad antigua, cuyo descubrimiento viene á aumentar hasta cuarenta y cinco el número de nuestras ciudades arruinadas ó monumentales, y esto, hablando solamente de las que han sido visitadas ó conocidas, pues por las observaciones del célebre anticuario yucateco, Fr. Estanislao Carrillo, y del ilustre viajero Mr. Stephens, el catálogo de aquellas ciudades ascendía á cuarenta y cuatro.

En una área, como de dos ó tres millas, encontramos en Hotzuc todas las apariencias y vestigios más ciertos é inequívocos de una población muy considerable; población que no ha dejado en pos de sí, más que sus lóbregas tumbas y las ruinas desoladas de sus templos y palacios. A pesar del sol abrasador de Abril y de lo inculto del terreno, nos propusimos caminar en todas direcciones y observar cuanto nos fuese posible. Subimos al primer montículo, muchas de cuyas piedras tenían una forma artificial que, junto con la caliza que se conocía provenir del demolimiento de edificios de mampostería, daba á entender con toda claridad, que allí había existido un palacio ó un templo, cuyo hacinamiento de despojos había venido á formar aquel cerro ó montículo, confundido ya, como una masa informe, con la base ó plataforma, colina artificial que los yucatecos acostumbraban levantar, para construir encima un adoratorio ó templo de más ó menos grandor.

Desde la altura en que nos hallábamos, pudimos descubrir en derredor nuestro, á ciertas distancias, y según lo permitía la naturaleza del bosque, un número considerable de aque-

llas colinas ó montículos artificiales, de mayores dimensiones aun que aquel en que nos hallábamos, y además un pequeño edificio en pie, al que nos dirigimos inmediatamente.

Era una casa ó habitacion que, desafiando á los siglos, se ostentaba todavía como con vida en medio de aquel cementerio de ruinas. No era, en verdad, gran cosa aquel edificio, que dista mucho de podersele comparar con las grandiosas construcciones, verdaderos alcázares llenos de magnificencia que poseemos en Chichen-Itzá, Uxmal y Labná; pero ¡qué sentimientos no despertaba, sin embargo, en nuestra alma, el ver en medio de una ciudad desierta, arruinada al soplo exterminador de la muerte, y de la acción deletérea de los siglos, una habitacion de sus antiquísimos moradores, una habitacion tan solamente, con sus puertas abiertas y su fondo lóbrego y triste, como evocando de su propia oscuridad la sombra tal vez, del único de entre aquellos vivientes malhadados que, después de ser testigo de la triste ruina de su patria, y después de echar tierra sobre los mutilados cadáveres de sus deudos, salió abandonando para siempre su hogar, aquel miserable hogar, único destinado á quedar en pie en medio de una ciudad desierta!.....

Demasiado baja y estrecha aquella habitacion, era, sin embargo, bien fuerte, sólidamente construida de cantería y argamasa finísima y duradera, con vista para el Sur. Elevado además, el terreno, en contorno de las paredes, por el residuo de innumerables estaciones de la naturaleza, su apariencia es ya, más como de una gruta ó cueva, que de mansion de hombres acomodados; lo cual nos hizo entender que perteneció, sin duda, á los siervos de los

grandes señores de la ciudad, cuyos palacios habían sido directamente demolidos por la mano del hombre, en los frecuentes combates de aquel pueblo guerrero.

La excitacion que sentiamos á vista de estos monumentos por las ideas que producian en nuestro espíritu, era tan vehemente, que arrojando el más fuerte calor que hubiésemos experimentado, y los abrojos que se oponían á nuestro paso, trepamos los otros montículos, en los que hallamos lo mismo que en el primero, manifiestas pruebas de haber sido cada uno un adoratorio ó palacio, pero todo en un estado tan triste de destruccion tan completa, que no era posible encontrar nada más que ruinas de ruinas. Sin embargo, estas masas informes que se encuentran hacinadas como cerros, acá y allá, su carácter ó tipo general y la estructura de innumerables piedras, todo ofrece un rico campo al interés de las comparaciones y estudios arqueológicos. El mismo arruiniamiento absoluto y total de la antigua ciudad de Hotzuc que, por lo que parece, si no fué de las más grandes y considerables, tampoco fué de las más inferiores, interesa en gran manera, y está como reclamando las investigaciones de la ciencia por medio de la excavacion, porque al ser demolida la ciudad y al pasar sobre sus restos la huella de los siglos, todo se ha debido sepultar bajo aquella tierra sobre que antes se ostentó.

En efecto, por las pequeñas excavaciones que para objetos de interés agrícola, se han verificado en aquellos terrenos, se llegaron á obtener, segun descubrimos, todas las piedras esculpidas ó fragmentos que encontramos incrustados en las paredes, por una laudable dispo-

sición de los diferentes propietarios, á quienes sucesivamente ha pertenecido aquella valiosa finca.

De aquellas excavaciones resultó tambien que se descubriesen los pozos antiguos, en que se proveía de agua la numerosa poblacion de aquella ciudad. Fuimos á visitar un plantel de maíz que se acababa de cosechar, con el objeto de ver uno de aquellos pozos que se había descubierto al abonar el terreno, y de cuya agua se sirven hoy para apagar su sed en el campo los sirvientes de la hacienda, miserables indígenas, descendientes de las remotas generaciones que abrieron aquel pozo en las edades pasadas. A una profundidad como de dos ó tres piés se veía la piedra que le servía de brocal, cortada en casi toda la extension de su circunferencia interior, á manera de canales por el efecto de las sogas ó cordeles con que se sacaba el agua. Aquella piedra que antes estaba en la superficie de la tierra, ahora apenas pudo encontrarse con una excavacion de cerca de tres piés de profundidad, porque con el trascurso del tiempo, nuevas capas de tierra la hicieron desaparecer. Y, como este uno, se han descubierto otros pozos en el territorio de la hacienda, cuyos brocales cortados profundamente por el rozamiento de las sogas, manifiestan asimismo haber provisto de agua, por largo tiempo á un pueblo numeroso.

Encuéntranse tambien allá de esos depósitos naturales de agua potable, hermoso fenómeno de nuestro suelo: hablamos de los cenotes ó rios subterráneos. Nosotros visitamos allí guiados por un indio, el "Kauil" y el "Poop," que ciertamente tienen muy escaso caudal, á diferencia de otros cenotes, verdaderos prodi-

gios de la naturaleza, que en diferentes puntos embellecen el suelo de nuestra Península.

Esta fué la ocasion en que hicimos también otro descubrimiento: el de la denominación de los cenotes. Por lo comun, en los países salvajes ó desiertos, las obras aun más notables de la naturaleza, son objetos, son maravillas sin nombre; por el contrario en los pueblos civilizados, donde el idioma es rico y abundante, donde la poblacion es numerosa, no se encuentra jamás un objeto, un lugar que no esté clasificado bajo un nombre propio y especial. La Península de Yucatan, es uno de los pocos pueblos americanos que llegaron á obtener en la antigüedad, una civilizacion tan notable, tan adelantada, que sus monumentos son hoy la maravilla de los sabios; y en consecuencia de esto, es una verdad incontestable la del hecho consignado en la historia, de que *Zamná*, que era como rey y sumo sacerdote de los más antiguos yucatecos, "puso nombre con que hoy se llaman en su lengua todos los puertos de mar, puntas de tierra, que cierto es cosa de admiracion, si así fué, tal division como hizo de todo, para que fuese conocido por su nombre, porque apenas hay palmo de tierra que no la tenga en su lengua." (*Cogolludo. Historia de Yucatan. Lib. IV, Cap. III.*)

Preocupados de estos antecedentes históricos, abrigamos la certidumbre de que todos y cada uno de los cenotes de Yucatan tienen su nombre propio, y tanto más, cuanto que sobre las razones dichas, un pozo de agua fué siempre un lugar notable en la Península, por la escasez de este elemento con respecto á otros países dotados por la naturaleza de fuentes,

rios y demás manantiales de agua en todas direcciones.

A vista, pues, de aquellos dos cenotes, que habian sido en la antigüedad los más grandes y mejores pozos de los moradores de la ciudad arruinada; á vista de aquellos rios subterráneos que parecían evocar las sombras de generaciones pasadas, se nos hizo imposible apuntar en nuestra cartera—*dos cenotes sin nombre*—como otros han hecho de rios salvajes. Por eso sin rodeo alguno, dirigiéndonos á nuestra guía, le preguntamos:

—¿Cuál es el nombre de este cenote?

—*Kauil*, señor—respondió inmediatamente.

—Y aquel otro, ¿cómo se llama?

—Llámase *Poop*, señor.

No había duda: aquellos cenotes, como todos los demás, no solo tienen su nombre propio, sino que éstos se conservan tradicionalmente hasta el día de hoy entre los indígenas, debiendo advertirse, sin embargo, que en lo general no los llaman por sus nombres, sino por el genérico de *cenotes* (*dzonoot*); y de aquí proviene que los que no son de la raza indígena, ó que no viven entre ellos, ignoran por lo comun, aquellas denominaciones especiales, de que pudiera formarse un tan curioso como importante Diccionario.

En los mismos días que visitábamos á Hotzuc, era reciente una excavacion agrícola practicada en una huerta, en que se había hallado una estatua de piedra. Representa un hombre encorvado con las manos llevadas hácia los hombros, como en actitud de estar sosteniendo sobre sí algun peso, y tiene figurado en relieve sobre los labios, en forma como de un número 8, uno de aquellos adornos de oro,

plata ú otra materia preciosa que usaban los indios, pendiente de la ternilla de la nariz, á manera de zarcillos ó argollas, y que naturalmente debian colgar sobre la boca en medio de los labios.

Recordamos, á este propósito, lo que el cronista D. Antonio de Herrera dice, al hacer la historia de los yucatecos ó antiguos mayas: “Horadábanse la ternilla de las narices, y allí por gala, se ponían una piedra de ambar: poníanse zarcillos en las orejas, etc.” (*Herrera. Dec. IV. Lib. X. Cap. IV.*)

La estatua á que nos referimos, no se conserva entera, por desgracia: tiene quebrado un brazo, y le falta la mitad inferior del cuerpo. Es de piedra calcárea, y debe constituir, lo mismo que otras piedras notables de Hotzuc, uno de los primeros objetos que pertenecerán á nuestro Museo arqueológico.

Sin tener nosotros la idoneidad ni la pretension de hacer un exámen científico de estas ruinas, creemos de gran utilidad las observaciones que sobre ellas hemos practicado, como simples apuntaciones que servirán para apoyar y confirmar la verdad de lo que llegamos á entender desde el primer aspecto de la hacienda Hotzuc, á saber: que ha sido el asiento de una de las antiguas ciudades de Yucalpeten ó Yucatan, y que por consiguiente, el interés de la ciencia arqueológica encontrará en ella mucho qué estudiar.

Daremos fin á este relato, haciendo presente que el nombre maya *Hotzuc*, no solo lo lleva la ciudad antigua de que nos acabamos de ocupar, y que, como hemos dicho, es hoy una finca rústica de propiedad particular; sino tambien una poblacion del interior de la Península

la, asimismo de origen antiguo, y que, por una adulteracion ó vicio en la pronunciacion española, se acostumbra ahora nombrar *Tihosuco*, en lugar de *T-Hotzuc*, que es como se llamaba con propiedad.

GEOGRAFIA MAYA.

La importancia histórica que por sus grandiosos monumentos tiene justamente adquirida la Península de Yucatan, ha hecho desear á todos, que los descubridores y conquistadores de ella nos hubiesen trasmitido una noticia geográfica y estadística de la misma, segun que pudieron reconocerla y estudiarla al tiempo de tomar posesion de ella. Pero todos deploramos la falta de tal noticia, conservándose solamente algunas vagas relaciones en los historiadores, y algunos documentos de las tierras que por *real merced* fueron repartidas á los conquistadores ó á sus inmediatos descendientes.

El estudio de la historia, de la lengua, de la cronología, y en fin, de la geografía antigua yucateca ó maya, preocupa hoy en día á los sabios de ambos mundos, y continuamente atrae á estos lugares, hace algun tiempo, la visita de distinguidos personajes, que se llenan de admiracion al contemplar por todas partes los restos monumentales de un gran pueblo histórico.

Constantemente aficionados nosotros, en cuanto nos ha sido posible, segun nos lo per mi-